

C A R M E N
P O S A D A S

EL MISTERIOSO
CASO DEL
IMPOSTOR
DEL TITANIC



Carmen Posadas

El misterioso caso del impostor del Titanic



ESPASA



La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor. La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías.

Al comprar este libro estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento.

En **Grupo Planeta** agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor.

Dirígete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puedes contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

Queda expresamente prohibida la utilización o reproducción de este libro o de cualquiera de sus partes con el propósito de entrenar o alimentar sistemas o tecnologías de inteligencia artificial.

© Carmen Posadas, 2024

Autora representada por Casanovas & Lynch Agency, S. L.

© Editorial Planeta, S. A., 2024

Espasa, un sello editorial de Editorial Planeta, S. A.
Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)
www.espasa.com
www.planetadelibros.com

Adaptación de la cubierta: Booket / Área Editorial Grupo Planeta

Ilustración de la cubierta: © Miriam Bauer

Primera edición en Colección Booket: octubre de 2025

Depósito legal: B. 13.866-2025

ISBN: 978-84-670-7898-5

Impreso en España

EL MOSCARDÓN

15 de abril de 1912

En lo que a limpieza y pulcritud del hogar se refiere, doña Purificación Castellana de Peñasco era inmisericorde y, sin embargo, ¡un moscardón en su plato de sopa! ¿De dónde habría salido el intruso? ¿Cómo diablos acababa de naufragar en su crema senegalesa? Ni la época del año, ni las normas higiénicas que regían en la mansión de la viuda de Peñasco propiciaban tales amerizajes. Pero ahí estaba. Grande, peludo, inmundo, con sus patitas en alto flotando entre unas lascas de almendra.

—¡A Victorito le ha ocurrido algo! —exclamó la dama, llevándose la diestra al robusto pecho—. ¡Algo en alta mar! —precisó sin poder despegar la vista del insecto.

De nada serviría que, primero Remigio, que llevaba en la casa más de cuarenta años y la conocía de mocita, y minutos más tarde Gertrudis, que era para ella más una madre que una empleada y acompañante, intentaran tranquilizarla.

—Descuide la señora, es absolutamente imposible. El niño —Gertrudis siempre lo había llamado así y no pensaba cambiarle el apelativo por mucho que ahora Victorito peinara patillas y acabara de pasar por la vicaría—... el niño nos lo prometió cuando la señora tuvo aquel sueño tan tonto: nada de viajes en barco, nada de agua. Cierto es que una luna de miel que ha de durar más de

un año da para mucho trajín, pero una promesa es una promesa, y él jamás faltaría a su palabra. Además —abundó Gertrudis con convicción—, ahora mismito con el correo ha llegado tarjeta postal suya. Mírela aquí. ¡No pasan ni tres días sin que nos mande una!

Doña Purificación se apresuró a leerla.

Querida mamá:

Ni te imaginas lo que es «París en primavera». Ayer almorzamos en el Bois de Boulogne que huele a muguet que da gloria, y esta noche Pepita quiere repetir cena en Maxim's. Y no, no te preocupes. No está tan lleno de cocottes como cuentan por ahí. Pepita opina...

Doña Pura pensó entonces en su nuera. Menudo revuelo se había levantado con la boda. Lógico y normal. No todos los días se unen dos de las mayores fortunas del país. Ella, una Pérez de Soto (pelín melindrosa para los recios gustos de doña Pura, pero guapísima, de eso no cabía duda). Y él, amén de sus caudales, emparentado con Pepe Canalejas, presidente del Consejo de Ministros, el hombre más respetado del momento. «Entre ella y Victorito tienen manteca para tirar al techo», había sido el veredicto de Gertrudis el día del casorio mientras daba los últimos toques a la mantilla de madrina de la señora poco antes de salir para los Jerónimos. Al rato, y para redondear el comentario, argumentaría que, además y para mayor ventura, la pareja se adoraba, algo no precisamente habitual en aquella clase de uniones tan encopetadas. «Nuestro niño muere por ella», suspiró Gertrudis al tiempo que con las puntillas de su mejor pañuelo enjugaba un lagrimón.

* * *

Este último comentario hizo que doña Pura se persignara por dos veces porque, a pesar de ser frase hecha, la expresión nunca había sido de su gusto: «Calla, mujer, ¿qué necesidad hay de morir por alguien? Mejor vivir juntos y felices para siempre. Anda, pásame el abanico y en marcha, o llegaremos tarde a la iglesia».

—La señora es demasiado sensible, por no decir tiquismiquis —dijo Gertrudis al observar en doña Pura la misma aprensión supersticiosa que el día del feliz enlace—. Olvide ya congojas, que esta tarde vendrán sus amigas de los lunes a tomar el té y jugar al *bridge*. Verdaderamente, no me explico cómo ha podido ponerse de moda semejante engendro con lo entretenido que es el julepe. ¿Viene también la condesa de Pardo Bazán? No me gusta nada esa señora, demasiado metomentodo para mi gusto...

POSTALES DESDE EL MÁS ALLÁ

Tras el sobresalto del moscardón, la calma regresó a casa de la viuda de Peñasco. A ella contribuiría la llegada, a la mañana siguiente, de una nueva postal de los recién casados, esta vez desde Montecarlo. Una en la que relataban que habían coincidido con La Bella Otero en el Hotel de París, «algo entradita en carnes pero aún muy bella», era el comentario de Víctor antes de explicar que la noche anterior la celeberrima *cocotte* se había dejado una fortuna en la mesa de bacarrá.

Aun así, doña Pura no lograba olvidar al amerizado insecto. Y menos aun cuando leyó en el *ABC* que el 14 de abril, es decir, el día en que se lo había encontrado flotando entre unas lascas de almendra, en aguas del Atlántico Norte había tenido lugar un atroz accidente marino. De momento, las noticias eran confusas. En primera instancia se llegó a informar de que el barco más grande y lujoso del mundo, el *RMS Titanic*, comenzaba a hundirse de proa, y el capitán «por mera precaución» había ordenado embarcar a mujeres y niños en los botes salvavidas. Pocas horas más tarde, en cambio, en su edición vespertina del día 15 de abril, *The New York Times* aseguraba ya que la nave se había hundido dos horas y media después de chocar contra un iceberg y que, a pesar de que se estimaba que al menos mil doscientas cincuenta personas habían perecido, setecientas once, en su mayoría de primera clase, consiguieron ser rescatadas por el buque *Carpathia*.

Este último (y bastante clasista) dato sirvió al menos para tranquilizar a doña Pura porque para entonces —y porfiaran lo que porfiaran Remigio y Gertrudis— convencida estaba de que Víctor y Pepita se encontraban a bordo de tan fatídica nave.

A medida que pasaban los días, comenzaron a conocerse nuevos detalles del siniestro. Como, por ejemplo, el número de muertos y desaparecidos (que crecía de hora en hora), también la paradoja de que, al ser el primer barco dotado de compartimientos estancos, los constructores del *Titanic*, que lo consideraban insubmergible, no vieron la necesidad de «afear» la cubierta de primera clase con más de una veintena de botes salvavidas. Botes que, en medio de la confusión y el sálvese quien pueda, en muchos casos llegaron al agua con menos de la mitad de pasajeros de los que podían alojar.

El 17 de abril, doña Pura leyó en la prensa que el antes mencionado *Carpathia*, acudió a toda máquina a las llamadas de socorro. Había logrado arribar al lugar del siniestro dos horas después de que el *Titanic* se fuera a pique y se dirigía en esos momentos a Nueva York con unos setecientos supervivientes a bordo. Aquel mismo día, y pese a haber recibido una tercera postal de su hijo (esta vez hablando de las maravillas de Versalles), la dama decidió tomar cartas en el asunto y recurrir a su pariente y amigo Pepe Canalejas, presidente del Consejo de Ministros, para que la ayudara a obtener información lo más fiable posible, así como una lista de muertos y desaparecidos. Gracias a esta mediación, la embajada británica se la facilitó rápidamente y doña Pura pudo comprobar, alabado sea el Señor, que en ella no figuraban ni Víctor ni Pepita. Aunque sí, un tal Víctor Renango Castellano... ¿Podía tratarse de una transcripción errónea de los apellidos Peñasco Castellana, o en efecto viajaba a bordo un desventurado de tal nombre?

Seis días después de la tragedia, el *Carpathia* atracaba al fin en Nueva York, donde fue recibido con vítores por más de treinta

mil personas, entre ellas no pocas ansiosas por averiguar si se encontraban a bordo sus seres queridos.

* * *

A pesar de sus peores presentimientos, doña Pura se negaba a perder del todo la esperanza cuando, de pronto, una conferencia telefónica de Eulogio, el ayuda de cámara de su hijo, desde París, sirvió al menos para despejar otra de las incomprensibles incógnitas de tan desdichada historia: el misterio de las tarjetas postales.

—... Aló, ¿aló? ¿Se ha cortao? Oiga, *mamausel silvuplé*, ¿... Seguro que funciona este cacharro?

Eulogio, poco acostumbrado a ese nuevo artilugio al que llamaban teléfono, se desgañitaba al otro lado del hilo atronando a la operadora y, de paso, también a doña Pura.

—¿... Se me oye ahora? ¿Sí?... Bueno, menos mal. ¡Ay, señora, señora, cuánto lo siento, qué gran fatalidad! ¿Pero quién podía imaginar que ocurriría algo semejante? Le aseguro a usted que fue solo un ardid inocente para no preocupar a una madre...

Eulogio relató entonces que, semanas atrás, Víctor había decidido sorprender a Pepita con un nuevo y espléndido regalo de recién casados. Embarcarse en el viaje inaugural de la maravilla flotante de la que todos hablaban. —«¿Qué te parece, cielo, no te gustaría conocer Nueva York?», aseguró Eulogio que le dijo Víctor a Pepita tras una de sus repetidas cenas en Maxim's.

—Ella le recordó entonces la promesa que le habían hecho a usted, señora, de no montarse en un barco, pero, ya sabe cómo era su hijo, a ingenio no le ganaba nadie y a todo encontraba solución. —«... Déjame lo a mí, cielo. Mamá no tiene por qué enterarse, esto lo arreglo yo con Eulogio». Eso argumentó y eso mismo hizo: «Eulogio, viejo compañero de tantas cosas —comenzó diciéndome al día si-

guiente—. Te necesito para una trampa sin importancia. ¿Ves este montón de postales ya escritas y con su sello correspondiente? Lo único que tienes que hacer es quedarte aquí, en París, a cuerpo de rey y, cada dos o tres días, vas y pones una al correo para que mi madre se quede tranquila. Así, mientras ella piensa que estamos en Versalles, en Chantilly o en Montecarlo, Pepita y yo andaremos de garbeo por la Quinta Avenida o desayunando en el Plaza. ¿Qué te parece mi idea? ¿Es o no sencillamente perfecta? Siento dejarte sin viaje en el *Titanic*, pero si es un barco tan sensacional como dicen, repetiremos pronto, de modo que no me mires así, tan mohíno».

Tras estas palabras de Eulogio, se oyó un ahogo al otro lado del hilo y se cortó la comunicación. Doña Pura nunca llegaría a saber si fue por impericia del comunicante o por emocionada congoja, pero más parecía lo segundo. Al fin y al cabo, gracias a la treta de su hijo, Eulogio había salvado la vida.

—¿Te das cuenta? —le comentaría tristemente minutos después a su amiga Emilia Pardo Bazán que, como todas las tardes, la daba un golpe de teléfono para hacerse presente y brindarle su apoyo—. Qué crueles bromas gasta la vida. He pensado que... —añadió, pero no pudo acabar la frase porque la operadora irrumpió en la línea para advertir a la atribulada madre que desde el Hotel Plaza de Nueva York una dama consternada solicitaba hablar con ella a la mayor brevedad.

* * *

Doña Pura imaginó que sería su nuera, pero resultó ser Fermina, la modista y acompañante que Pepita había llevado con ella en el *Titanic*, puesto que se sentía incapaz de hablar de lo ocurrido. Después de darle la dolorosa noticia de que Víctor continuaba desaparecido, Fermina relató que, a pesar de que los pasajeros de primera clase tenían prioridad en los botes salvavidas:

—Ni por un momento su hijo de usted contempló la posibilidad de saltarse la orden de mujeres y niños primero. ¡Ay, señora, debería haberle visto allá en cubierta! Tan gallardo y sereno, con solo un abrigo ligero sobre su traje de etiqueta y ayudando a las damas a embarcar en las lanchas, tal como había ordenado el capitán. La nuestra, la número ocho, sería una de las primeras en arriarse y lo haría con menos de una treintena de pasajeras de primera clase acompañadas de cuatro tripulantes. Había lugar para lo menos veinte personas más, pero de nada servirían las súplicas y lágrimas de doña Pepita, porque don Víctor se negó a subir. «... Descuida, cielo, ya verás como todo queda en un susto y en una emocionante aventura que contar a los amigos a nuestro regreso», eso le dijo. Otro caballero uruguayo muy distinguido él que, según pude saber más tarde, había sido compañero de mesa de ambos horas antes en la cena de gala, era de su misma opinión. Y eso que él ya había vivido otro naufragio años atrás. «... Usted que sabe de esto, dígaselo a mi mujer, ¿verdad, Artagaveytia, que no hay nada que temer?». El caballero entonces nos tranquilizó diciendo que la situación no se parecía en nada a la que había vivido con anterioridad, que en aquella ocasión el barco fue rápidamente devorado por las llamas y que él salvó el pellejo lanzándose al agua. «... El *Titanic*, en cambio, tiene los medios contra incendios más modernos que existen y está dotado de compartimientos estancos. ¿Cómo se va a hundir? Si quieren saber mi opinión, el mayor peligro que veo —sonrió el señor Artagaveytia— es que ustedes, señoras, pesquen una pulmonía triple con el frío glacial que hace. Yo, por mi parte, tengo demasiados años como para meterme en esa cáscara de nuez y pasarme una hora o más a merced de las olas y rodeado de témpanos solo por un exceso de celo del capitán». A continuación, y dirigiéndose a su hijo de usted, añadió: «¿Qué le parece, amigo Peñasco, si nos tomamos un coñac en la sala de fumadores mientras esperamos el regreso de las señoras?».

»No fue el único en bromear con la situación —continuó explicando Fermina—. La cubierta, como se puede usted imaginar, estaba llena de cachos de hielo que saltaron a bordo cuando chocamos con aquel maldito témpano. Bien, pues vi por ahí a no pocos jóvenes atolondrados que jugaban a tirárselos como si fueran bolas de nieve, a algunos incluso se les ocurrió echar trozos de iceberg en sus vasos de *whisky* y brindar tan contentos. Ahora, cuando lo pienso, me estremezco, pero en aquel momento nadie imaginaba lo que estaba por llegar. Figúrese que incluso la orquesta subió a cubierta para amenizarnos y comenzó a tocar alegres vales como si nada... Yo, por mi parte, no sabía qué hacer, si montarme con mi señora en aquella barquichuela que se me antojaba hartamente insegura, o quedarme en cubierta con los caballeros. Al fin y al cabo, si don Víctor decía que no había cuidado, ¿qué caso tenía pillar la pulmonía que nos auguraba el anciano señor Artagaveytia? Y de pronto... en medio de tanto desconcierto el barco, con un movimiento seco y una sacudida brutal, se venció hacia delante. Los oficiales redoblaron entonces la orden de arriar los botes, y el número ocho, columpiándose de un modo que solo de mirarlo daba pavor, inició su descenso hacia la mar helada. ¡Se marchaban sin mí! Para subir a él tenía que dar tremendo salto y ninguno de aquellos marineros, tan afanados con las damas elegantes, parecía dispuesto a ayudarme. Grité, ay, señora, ni se imagina los chillidos que pegué pidiendo auxilio, y fue su hijo de usted, Dios lo bendiga, quien, en el último momento, me arrojó dentro del bote igualito que si fuera un saco de patatas. «¡Víctor, Víctor!», se desesperó entonces doña Pepita intentando ponerse de pie, pero solo consiguió que el bote penduleara aún más sobre el abismo. Fue en ese instante cuando su hijo, asomado a la barandilla y aún sonriente, pronunció aquel: «Que seas muy feliz, Pepita», que a las dos nos heló el alma.

Doña Pura, al otro lado del hilo telefónico, los ojos secos y la esperanza aún no perdida del todo, trata de imaginar qué pudo hacer Víctor a continuación. Y se lo figura allí, en la sala de fumadores del barco más bello del mundo, junto a otros hombres que, como él, habían elegido morir como caballeros. A buen seguro menudearían las bromas porque el humor es el mejor disolvente del miedo; tampoco faltarían las copas de coñac, quizá vodka, o *curaçao*, o mejor aún, una mezcla de todo eso y más, acompañada del humo de puros habanos. Fermina había mencionado que, arriba, en cubierta, la orquesta del *Titanic* tocaba alegres tonadas para que no decayera el ánimo y, conociendo a su hijo, seguro que Víctor decidió emularla. En la sala de fumadores habría un piano, y doña Pura se lo imagina interpretando unas cuantas piezas hasta que el agua comenzara a anegarlo todo. Quizá entonces —y solo entonces— cuando ya los botes habían sido arriados y visto que la situación iba de mal en peor, pensando en Pepita y también en ella, su madre, Víctor habría intentado ponerse a salvo. ¿Pero cómo? ¿Qué posibilidades tenía un hombre, por joven y fuerte que fuese, equipado apenas con un chaleco salvavidas, de sobrevivir a temperaturas árticas?

—Quién sabe, señora —dice ahora Fermina al otro lado del hilo telefónico y como si hubiese tenido acceso a sus pensamientos—. He oído comentar que quedan aún unos cuantos malheridos por identificar, puede que don Víctor esté entre ellos, quiera Dios que así sea.